

REFLEXIONES SOBRE IDENTIDAD NACIONAL Y GÉNERO

GENDER AND NATIONAL IDENTITY IN MEXICO

Paola Vázquez Almanza*

* Doctora en Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: paoval@gmail.com.

Este artículo analiza las formas tradicionales y emergentes de vincular analíticamente e históricamente dos construcciones sociales: la identidad de género y la identidad nacional. Para ello, el texto estudiará los siguientes puntos: 1) los elementos básicos de la identidad nacional para observar cómo y quiénes construyen los discursos dominantes, 2) las representaciones de la mujer en los discursos y narrativas de "lo nacional" y 3) la participación de las mujeres en la elaboración de dichas representaciones. El objetivo del texto es exponer los posibles beneficios analíticos de una intersección de las discusiones sobre identidad nacional y género.

Palabras clave: identidad nacional, género, imaginario social.

This article analyzes the traditional and emerging ways of linking analytically and historically two social constructions: gender identity and national identity. To this end, the text will discuss the following points: 1) how the dominant discourses of national identity are shaped, 2) the representations of women in the discourses and narratives of "the nation" and 3) the role of women in the creation of such representations. The aim of the text is to expose the possible analytical benefits of an intersection between discussions on national identity and gender.

Keywords: national identity, gender, social imaginary.

Introducción

En los primeros meses de 2020 comenzó una importante movilización para combatir la violencia de género en México. Jóvenes estudiantes de la educación media y superior realizaron paros en diversos puntos del país, en múltiples ciudades se organizaron marchas en contra de los feminicidios, se celebró la multitudinaria marcha del 8 de marzo y el lunes 9 de marzo se coordinó un paro nacional de mujeres. Las autoridades, desde las educativas hasta las judiciales, estaban siendo cuestionadas duramente y se veían presionadas para resolver las demandas sociales. Este movimiento social perfilaba para convertirse en el gran tema de debate durante los meses a seguir hasta que la pandemia del nuevo virus SARS-Cov-2 ganó protagonismo.

Aunque la atención al tema de género se haya desviado, la falta de equidad no ha dejado de estar ahí. La violencia, el acoso sexual y los feminicidios han ido a la alza desde finales del siglo pasado y ni siquiera la pandemia ha frenado la violencia de género. De hecho, todo indica que la convivencia familiar ha aumentado la violencia doméstica hacia las mujeres y ha precarizado la situación laboral de empleadas del hogar (Canal Gobierno de México, 26 de marzo de 2020).

Se puede afirmar que una parte de la inequidad y marginalización de las mujeres se debe a las representaciones que se hacen de ellas dentro del imaginario social. Dichas nociones reflejan y reproducen el sistemático problema de la violencia de género. A pesar de las grandes transformaciones sociales que han acontecido desde la década de 1960, no se ha logrado transformar significativamente los discursos sobre las mujeres dentro del imaginario social.

Los discursos políticos e institucionales también forman parte del problema, como se evidenció el 24 de marzo en la conferencia de prensa matutina del presidente Andrés Manuel López Obrador. En dicha conferencia (Canal Gobierno de México, 24 de marzo de 2020), el presidente sostuvo que frente a la pandemia la principal fortaleza de la sociedad mexicana era el hecho de que la familia fuese la “institución de seguridad social más importante” y exhortó a las “hijas” a cuidar a sus padres, ya que los hombres mexicanos son “más desprendidos” a diferencia de las mujeres que siempre están “al pendiente”. Partiendo de esta idea tradicional y anacrónica de la familia, y del papel de las mujeres, el presidente afirmó que México ya contaba con millones de enfermeras. Este discurso encasilló a la mujer mexicana como la cuidadora principal de todas las familias, además de disminuir la formación profesional de las enfermeras y equiparar sus conocimientos a los “cuidados femeninos” inherentes a toda mujer mexicana.

Dos días más tarde, esta retrógrada visión de la sociedad mexicana fue rebatida en la conferencia de prensa vespertina sobre el COVID-19 (Canal Gobierno de México, 26 de marzo de 2020), en la que participó Nadine Gasman, presidenta del Instituto

Nacional de las Mujeres (Inmujeres). Durante su intervención, Gasman recordó la importancia de la marcha realizada el 8 de marzo y subrayó la urgencia del respeto a los derechos de las mujeres. Frente a los datos del Inmujeres que indican que la mujer trabaja el triple que el hombre en labores domésticas, la funcionaria propuso una redistribución de los cuidados domésticos y apeló al reconocimiento de la contribución de las mujeres más allá del ámbito doméstico. Este fue un llamado muy distinto al realizado por el presidente de México.

La información del Inmujeres, expuesta por la presidenta de dicha institución, es una señal de que una idea retrógrada de la familia y del rol de la mujer en la sociedad mexicana sigue vigente a pesar de los programas y políticas que intentan disminuir la violencia de género. Esta realidad hace primordial que se señalen, desde las ciencias sociales, los límites de la representación de “lo mexicano” en términos de género, ya que incluso dentro del ámbito académico se han desarrollado análisis sobre este tema que no incluyen la categoría o la dimensión de género a pesar de la existencia de una robusta rama de investigación con enfoque feminista y de género.

Para este propósito deberían cuestionarse los estereotipos y representaciones de “la mujer mexicana” que hasta ahora perduran y plantear preguntas como las siguientes: según los discursos de la mexicanidad, ¿cuáles son los atributos de la mujer mexicana?, ¿qué prejuicios se esconden detrás de estas imágenes de lo femenino?, ¿qué tanto ha cambiado desde el siglo pasado la idea de la mujer mexicana?, ¿se corresponde esa imagen de la mujer mexicana con la realidad?

Estos cuestionamientos son importantes porque las nociones de mexicanidad y género en el espacio académico son uno de los múltiples elementos que estructuran las representaciones o imágenes de lo nacional. Asimismo, estas interrogantes permitirán explorar cómo se configuran los discursos de identidad nacional, pensados como expresiones simbólicas, dentro del ámbito académico y qué lugar se da a las mujeres en ellos.

Antes de continuar con esta propuesta de integrar el concepto de género a las discusiones sobre lo nacional, es útil recordar que, aunque la búsqueda de la identidad nacional ha producido mucha confusión y casi ninguna certeza, también ha construido interesantes representaciones que dan cuenta de formas específicas de ver y organizar el mundo. Las representaciones de “lo mexicano” son ventanas a través de las que se ve la realidad, pero estas ventanas, artificiosamente diseñadas, se han ido desquebrajando con los años y ya no son lo suficientemente amplias para pensar al país. Son estas, las representaciones de la mexicanidad, las que vale la pena discutir y no la “mexicanidad” en sí. Dentro de las representaciones plásticas de la mexicanidad, se ha moldeado un estereotipo de la mujer mexicana que ha funcionado para limitar su rol dentro de la sociedad, perpetuar desigualdades y justificar la violencia de género. Gutiérrez Chong (2019) ofrece diversas referencias y ejemplos sobre estos roles de género que se han perpetuado en la cultura mexicana dentro de la cultura y arte popular.

Hasta el momento los estudiosos de la identidad nacional mexicana no han dedicado muchas páginas a analizar estas intersecciones entre el género y la identidad nacional, más bien han sido los estudios de género los que se han acercado a explorar este cruce (Vázquez, 2019). Se necesitaría una exhaustiva investigación para poder señalar cada una de las interconexiones entre las representaciones simbólicas de la mexicanidad y las inequidades materiales que estas reflejan y refuerzan. Este artículo es solo un modesto acercamiento para examinar e indicar las complejas maneras en las que las nociones de mexicanidad están marcadas discursivamente por ideas anacrónicas de género que deben ser objetadas.

Dicho lo anterior, este texto proporcionará algunas notas para discutir las diversas maneras en las que las narrativas de nación también juegan un papel importante en la perpetuación de una inequidad entre mujeres y hombres, dado que las nociones de identidad nacional poseen un poderoso discurso de integración y de unidad común que, al mismo tiempo, excluye, discrimina e invisibiliza legítimamente a grupos marginados.

Mediante la discusión de la propia participación de las mujeres en la creación del imaginario identitario nacional, y con el análisis de las formas en las que se habla de las mujeres en los estudios de la identidad nacional, se señalarán los límites de la representación social del “mexicano”. Para ello, el texto expondrá los siguientes puntos:

- 1) Elementos básicos de la identidad nacional para observar cómo y quiénes construyen los discursos dominantes sobre ella.
- 2) Representaciones de la mujer en los discursos y narrativas de “lo nacional” y la participación de las mujeres en la gestación de dichas representaciones.
- 3) Las posibilidades analíticas de una intersección entre las discusiones sobre identidad nacional y género.

Nación, identidad nacional y su confección

La identidad nacional surgió a la par de la creación de los Estados Nacionales, el proyecto de la Modernidad y las grandes unificaciones del siglo XIX. La idea de nación sirvió para homogeneizar territorios y poblaciones muy diversas. Según la definición de Lowell W. Barrington (1997), la nación es una colectividad unida por características culturales compartidas (mitos y valores) y por la creencia en el derecho de autodeterminarse territorialmente.

De esta definición mínima se puede desprender que las naciones son más que un cuerpo geopolítico o un grupo de personas e instituciones asentadas en un territorio determinado. Las naciones son también un sistema simbólico integrado por historias, imágenes, paisajes, escenarios, eventos históricos, discursos y rituales que crean un sentido de pertenencia.

Es primordial recordar que dicho sistema simbólico que forma parte de “lo nacional” no es inmutable o unívoco, es más bien inestable y se reformula a partir de las condiciones sociales de cada época y sociedad. Los “mitos de origen” destacan entre los elementos simbólicos e imágenes que se requieren para que una nación o una identidad nacional se forje. Dichos mitos se han confeccionado de múltiples maneras. Por ejemplo, Balibar (1990) utiliza el concepto de *fictive ethnicity* para señalar los mecanismos por medio de los que se representa un pasado nacional con una base étnica específica como si esta fuese natural. La finalidad de esta representación es aglutinar a diversos grupos sociales y excluir e invisibilizar a aquellos otros que no tienen cabida dentro de la imagen nacional o narrativa que se desea crear.

Los mitos de origen, así como todo elemento del discurso de “lo nacional”, funcionan como correlatos políticos que revisten de legitimidad a proyectos nacionales que homogenizan y reducen la complejidad de territorios plurales, contradictorios y heterogéneos. Históricamente ha sido el poder político el que ha instrumentalizado las ideas de “lo nacional” para ligar a una sociedad en torno al proyecto de un sector, clase o poder específico cuyos efectos se observan en la instauración de programas, instituciones y estrategias determinadas que, a su vez, en su conjunto moldean la realidad y las interacciones sociales. Las narrativas o discursos nacionalistas son un reflejo del orden social, así como recursos o dispositivos que dan sentido y significado al mundo.

En el caso de los roles de género, ejemplifiquemos cómo afectan estas visiones de lo nacional el caso particular de programas gubernamentales dirigidos a mujeres. En junio de 2020, Inmujeres anunció el programa federal llamado Mujeres Constructoras de Paz, el cual pretende formar a las mujeres como “multiplicadoras del proceso de pacificación del país y fortalecimiento comunitario” (Instituto Nacional de las Mujeres, Gobierno de México, 15 de junio de 2020). Este programa, alineado al Plan Nacional de Desarrollo y al Programa Nacional para la Igualdad entre Mujeres y Hombres 2019-2024, muestra una visión específica de roles de género que perpetúa el rol de la mujer como pacífica, buena y piadosa, confinada al espacio comunitario, separada de lo público o político, y con un rol pasivo y abstracto como encargada de tradiciones y códigos morales.

Es durante la creación de las narrativas y nociones de nación que surgen las pugnas por definir, moldear y proteger una visión específica de lo que fue, es y será una sociedad. Bartra (1987), incluso, ha afirmado que los mitos nacionales, “como parte de la cultura, son digamos, la prolongación de los conflictos sociales por otros medios” (p. 228).

Si se acepta que las identidades nacionales se basan en buena parte en mitos, discursos, narrativas y en un complejo sistema simbólico, resulta importante, entonces, indagar en los procesos de selección, legitimación y reproducción de mitos que componen “lo nacional”. Al acercarse a los mecanismos de forja de la identidad nacional,

se podrá observar con más claridad el lugar que ocupan las mujeres en el imaginario de “lo nacional” y cómo participan en la construcción de este.

Anderson (1993), en *Comunidades Imaginarias. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, apunta que las naciones en parte son constituidas por prácticas de representación, y sugiere que son las élites intelectuales de cada país las encargadas de confeccionar una idea de nación e identidad nacional. Esta reflexión ilumina la importancia de las relaciones de poder en la hechura y reproducción de ciertas imágenes de lo nacional.

Al tener un papel clave en la construcción de “lo nacional”, las élites postulan nociones que, generalmente, representan y sirven a sus propios intereses. Y aunque las narrativas y discursos de “lo nacional” no son impuestas a la sociedad en un proceso de arriba hacia abajo, se debe aceptar que los intelectuales desempeñan un rol esencial en la selección de ciertos rasgos y matices de la “identidad nacional”, así como enfatizan o disminuyen episodios o actores específicos de la historia de un país.

¿Y por qué son interesantes las representaciones de la identidad nacional? Principalmente porque son cosmovisiones que ordenan lo real y corresponden a formas de interpretación del mundo que, muchas veces, son compartidas por la sociedad. Las representaciones de la identidad nacional son parte de los discursos que construyen la realidad común de una sociedad mediante el establecimiento de significados.

Los discursos de lo nacional son, entonces, un reflejo del orden social. Me interesa adentrarme en dicho tema, no porque considere que exista una “esencia” o “carácter” nacional, sino porque estas representaciones dan cuenta de formas específicas de pensar el mundo y ofrecen una idea de qué rol han ocupado, y ocupan, las mujeres en la sociedad mexicana.

Se puede decir que, en el caso de las representaciones de las mujeres dentro de los discursos de la mexicanidad, se han buscado explicaciones antropológicas o esencialistas a problemas que más bien son sistémicos como la violencia y la marginación. Por ejemplo, intelectuales como Carlos Monsiváis, quien realizó muchas críticas acertadas y lúcidas sobre el mito de la “mexicanidad” y el nacionalismo revolucionario, no dejó de dar justificaciones históricas al fenómeno del machismo, al afirmar que este era producto de una herencia hispana que “codificó los comportamientos físicos y psicológicos del sexismo” (Monsiváis, 1975, p. 67).

Después de este breve desarrollo del surgimiento, reproducción e importancia de las nociones de identidad nacional, es momento de mirar puntillosamente qué vínculo han tenido las mujeres con la cuestión de “la mexicanidad”.

Las mujeres en los discursos y narrativas de lo nacional

Para abordar el tema de la participación de las mujeres en la creación de las nociones de “identidad nacional” propondré lo siguiente:

- 1) Revisar las aportaciones concretas que han tenido las mujeres (de manera escrita, publicada y socializada) en el diseño de “lo nacional” y su propio papel dentro de dicho imaginario.
- 2) Examinar cómo otros pensadores han representado el papel de las mujeres dentro de los discursos y narrativas de la “mexicanidad”.

Para resolver el primer punto, iniciemos con la pregunta: ¿qué dicen las mujeres sobre la identidad nacional y sobre “el mexicano”?

Las elucubraciones en torno a la identidad mexicana, y un supuesto carácter nacional, arrancaron cuando en 1900 Ezequiel A. Chávez publicó “Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano” en *Revista Positiva*, y desde entonces a la fecha, a pesar de los más de 100 años transcurridos, la presencia de las mujeres en la confección de la mexicanidad es casi inexistente, corroborándose esto fácilmente con su ausencia en las publicaciones clásicas o en las más referidas sobre el tema.

Esta ausencia no significa que no existan múltiples trabajos lúcidos sobre la mexicanidad escritos por mujeres, pero lo más probable es que, como consecuencia de las dinámicas sociales que re/producen una marginalización de las mujeres dentro y fuera del campo intelectual, las oportunidades de que estos trabajos y sus autoras destaquen han sido escasas.

Después de una exhaustiva búsqueda se ubican algunas mujeres que han trabajado temas relacionados con el “carácter” del mexicano. Por ejemplo, destaca el texto *Sentimientos y resentimientos de la nación. Encuesta Nacional de Identidad y Valores* (2015), de la investigadora Julia Flores, donde se analizan las nuevas ideas, valores y representaciones de los mexicanos por medio de encuestas a los ciudadanos. Flores (2015), después de hacer un análisis semántico de las ideas de la mexicanidad, concluyó que algunos estereotipos de “lo mexicano” que perviven desde la época colonial, y que durante décadas han sido difundidos por medios de comunicación como el cine, la música y la televisión, han comenzado a caer en desuso. Especialmente señala aquellos estereotipos relacionados con características de “el mexicano” como un ser machista, mujeriego y borracho.

No quisiera dejar de señalar que obras como la de Julia Flores, aunque gocen de cierto prestigio y reconocimiento académico, no logran obtener la atención mediática o presencia en los debates públicos que tienen otros académicos o intelectuales. Este fenómeno no significa que las mujeres no produzcan reflexiones valiosas sobre la identidad nacional que debiesen estar presentes en el espacio público; de hecho, la

escasez de mujeres en el debate académico o público responde, muchas veces, a la marginalización generalizada de las mujeres en el campo intelectual/académico.

El reciente libro de la filósofa Del Río (2020), *Las filósofas tienen la palabra*, es un esfuerzo por remediar y visibilizar la sistemática marginalización de las mujeres dentro del campo académico mexicano, específicamente en la filosofía. Del Río comenta que la inquietud de hacer este libro surgió después de una revisión de las historias de la filosofía en México en la que comprobó que las mujeres no son actrices importantes en ellas, en el mejor de los casos se les reserva un pie de página. Quizá la única mujer que llega a aparecer en las historias de la filosofía mexicana más “inclusivas”, sostiene Del Río, es Sor Juana Inés de la Cruz.

No es descabellado suponer que el hecho de que la obra de mujeres no profile entre las principales contribuciones al tema de la identidad nacional es un reflejo de una sociedad, una consecuencia de que las mujeres siguen ocupando lugares marginales e insuficientes tanto en el espacio académico como en el espacio público.

Ya que las mujeres no han jugado un rol decisivo en aquello que se dice que es la identidad nacional, o sobre el papel de las mujeres en la sociedad mexicana, es necesario retomar el segundo ángulo de análisis antes mencionado y responder a las preguntas: ¿Qué se ha dicho sobre las mujeres en los trabajos que exploran la mexicanidad? ¿Cómo se les representa y qué papel se les otorga dentro de la sociedad?

La primera aclaración que se debe hacer es que en los textos sobre identidad no se menciona directamente a las mujeres, en todo caso, se escribe acerca del “mexicano”, del hombre mestizo, como el representante de toda la sociedad. Del género femenino se habla de manera indirecta al discutirse el tema del machismo como parte del carácter mexicano (la mujer aparece como la contraparte del hombre) y al analizarse el mito de origen que involucra a la Malinche.

Entre las supuestas esencias del mexicano, además de su carácter fiestero y corrupto, también suele ser representado como machista o con una masculinidad exacerbada. Esta idea del mexicano como “macho” está plasmada en actitudes sociales, familiares e, incluso, políticas. En este esquema la mujer es retratada como el complemento dócil, generoso y maternal.

La primera mención al “machismo mexicano” se encuentra en el libro *El perfil del hombre y la cultura en México*, publicado en 1934 por Samuel Ramos. Ahí el autor sugirió que los mexicanos se encontraban en una etapa de maduración en la que debían desarrollar su individualidad y analizar la “conciencia colectiva” nacional para así superar un supuesto “complejo de inferioridad” (Ramos, 1977). El machismo es descrito como un rasgo más del mexicano violento, impulsivo, fanfarrón e inestable.

En 1950, Paz publicó *El laberinto de la soledad*, un brillante ensayo en el que el autor confronta al lector para que “despierte” y adquiera conciencia de su singularidad mediante las preguntas “¿qué somos y cómo realizaremos eso que somos?”. En las páginas de este libro clásico, se sigue la pista de la “rajadura” original, esa herida del

pasado que explica problemas actuales como el caudillismo de los políticos, el paternalismo y la violencia. Paz rastrea dicha herida hasta la Conquista y sostiene que todo comenzó con la Malinche y afirma que “las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su “rajada”, herida que jamás cicatriza” (Paz, 1998, p. 33).

En *El laberinto de la soledad* se sugiere que toda sociedad “moribunda”, o en trance, busca salvarse creando un mito de “redención”, y en este libro el poeta nos propone un mito en el que la pieza principal es una Malinche vejada y humillada cuya historia pesa hasta el presente.

En 1959, inspirado en el trabajo de Samuel Ramos y Sigmund Freud, Santiago Ramírez publicó *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, libro en el que se analiza el mestizaje, el muralismo, la cultura y la sociedad mexicana para descubrir el perfil psicológico del mexicano común. Ramírez escribe que el origen de los problemas del mexicano es su pasado marcado por un padre extranjero violento y una madre indígena y chingada. De nuevo, la mujer es representada como la pieza débil y usurpada de la historia nacional.

Orientado por el psicoanálisis, Ramírez (1983) afirmará que el alcoholismo y guadalupismo (como denominadores comunes de los mexicanos) son manifestaciones, una psicopática y la otra sublimada, que acercan al mexicano a su madre. La mujer mexicana para este autor es “objeto” de conquista y posesión sádica (p.21) y señala que sus características son: pasividad, ternura, receptividad, falta de agresividad y temor a lo peligroso (p. 65). Y si bien señala que dichas características atribuidas a lo femenino deben revalorarse, más adelante afirma que las dos formas de expresión que tiene la mujer de su feminidad son: la realización femenina de tipo genital y la realización femenina de tipo maternal (p. 65). Las reflexiones contenidas en las páginas de este libro nos sirven para observar la amplia gama de argumentos teóricos y perspectivas que se han utilizado para hablar de las mujeres en el proceso de construcción histórica de México.

Una variante de esfuerzos psicólogos como el de Ramírez se localiza en el trabajo de Rogelio Díaz-Guerrero, quien desde 1951 planteó una nueva línea de investigación: la etnopsicología o psicología transcultural. Esta corriente de la psicología permitía, según Díaz-Guerrero, conocer qué maneras de ser son típicas del mexicano. A lo largo de sus artículos, que después conformaron el libro *Psicología del mexicano*, se despliega una constante crítica al paternalismo, la pobreza, la corrupción y la violencia que permea a la sociedad mexicana. Lo interesante es que el psicólogo, en lugar de encontrar la semilla del mal en el Estado o en las instituciones, la ubicó en la familia.

La obra de Díaz-Guerrero, a pesar de su obvia reproducción de estereotipos del mexicano, de sus explicaciones huecas del machismo, el pobre, la mujer mexicana, la corrupción y el migrante, es hasta la fecha muy leída y difundida en instituciones de

educación media superior del país. En Díaz-Guerrero, así como en muchos autores de la época, se observa una visión de la sociedad mexicana y una idea del pobre-marginado que no varía mucho de las antiguas ideas y estereotipos que se trazaban de “los indios”, “los léperos”, “el teporocho”, “las marías” o “la bola revolucionaria” en la Época de Oro del cine mexicano. Evidentemente, en el escalafón más bajo de estas reflexiones estará la mujer pobre e indígena.

Desde explicaciones ramplonas hasta las disertaciones más profundas, todas las tipificaciones de las mujeres en las narrativas y discursos de “lo nacional” son negativas y pasivas. Desafortunadamente, toda esta gama de representaciones de la mujer se reprodujo a lo largo del siglo XX y continúa vigente como lo evidencian las reflexiones contenidas en los siguientes libros: *La increíble hazaña de ser mexicano. Una obra de superación nacional para reír y pensar* de Heriberto Yépez (2010); *Mexicanidad y esquizofrenia: los dos rostros del mexijano* de Agustín Basave (2002); *Mañana o pasado. El misterio de los mexicanos* (2011) de Jorge Castañeda; *La mexicanidad: fiesta y rito* (2012) de Leonardo da Jandra y *El excepcionalismo mexicano. Entre el estoicismo y la esperanza* (2012) de César Cansino.

Se puede afirmar, incluso, que el propio mito de origen de los mexicanos está marcado por el machismo y la marginalización de la mujer en la sociedad. La primera protagonista, tal vez la más famosa, de nuestra historia nacional es la Malinche, aquella mujer indígena que se dejó seducir y conquistar por Hernán Cortés. Su romance con el español, dicen los libros de texto, desencadenaría la caída de la gran Tenochtitlán. Dicho relato de traición oficial descarta, obviamente, la posibilidad de interpretar el apoyo de la Malinche a los españoles como un acto de rebeldía contra el despotismo de los tenochcas.

Aunque el papel otorgado a la Malinche en la historia de México tiene mucho de ficción y fantasía, su cometido ha sido tejer una narrativa que facilite la comprensión y aceptación masiva del concepto de la sociedad mexicana como una comunidad con un origen étnico común. El mito de la Malinche ilustra el concepto antes mencionado de *fictive ethnicity*.

Roger Bartra, en el clásico libro *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, ha sido de los primeros investigadores que han cuestionado y criticado tanto los estereotipos de la mujer mexicana, como el fantasioso e inexacto mito de origen de los mexicanos. Con ironía, Bartra escribe que “México es un paraíso para las expediciones psicoanalíticas que buscan las fuentes del complejo de Edipo” y se pregunta: “¿acaso hay algo más fascinante que esa peculiar combinación de machismo exacerbado y de fanático amor a la madre en la figura de la Virgen de Guadalupe?” (Bartra, 1987, p. 191).

En dicho texto Bartra explica que todas esas cosas que se consideran excepcionalmente mexicanas en realidad forman parte de antiguas corrientes de pensamiento occidental. Con esta reflexión aparentemente simple, el autor abre la

discusión de la identidad del mexicano al contexto global y permite que lo mexicano se vea a través del pensamiento universal.

Gracias al libro de Bartra (1987) por primera vez se hace evidente que los mitos de la identidad mexicana tienen sus raíces en el pensamiento occidental y, en el caso de los estereotipos femeninos, lleva la discusión hasta Hipatia, la última científica que trabajó en la biblioteca de Alejandría antes de ser asesinada y desollada con conchas de mar. Bartra, además de criticar las representaciones de la mujer mexicana en los estudios de la “mexicanidad”, establece una conexión entre los mitos y representaciones de la mujer en México y los mitos occidentales del género femenino.¹

Siguiendo la línea de discusión abierta por Bartra, podemos retomar el trabajo realizado por la investigadora Anne McClintock (1993), quien ha señalado que en las nociones identitarias de las naciones contemporáneas se repiten sistémicamente formas de tipificar al hombre y a la mujer. Los hombres son representados como los constructores, revolucionarios, gobernantes y protectores de la nación, mientras que las mujeres tienen un rol más pasivo y abstracto. Por ejemplo, las mujeres son presentadas como las encargadas de la reproducción biológica, así como de la preservación de las tradiciones y códigos morales de la sociedad dentro del espacio privado, es decir, la familia. La mujer como abstracción suele representarse en las narrativas y discursos de lo nacional como símbolos de tierra y fertilidad. En términos de carácter se les atribuye cualidades como “pureza”, “modestia”, “entrega”, “castidad” y “bondad”, características que suelen ser “resguardadas” por los hombres de la nación.

Ahora bien, es cierto que, en términos generales, las imágenes de identidad nacional se han transformado y discutido constantemente desde la década de 1960,² pero resulta alarmante que los roles y representaciones asignadas a las mujeres dentro de las narrativas y discursos de lo nacional son constantes, a pesar de que la propia experiencia del día a día cuestiona dichos roles pasivos.

La inamovilidad de las tipificaciones de género, que componen el imaginario identitario nacional, no ha sido explorada ni estudiada sistemáticamente en los trabajos que se dedican a dilucidar el tema de “lo nacional”, pero los estudios de género sí lo han discutido ampliamente desde la década de 1980, señalando que las teorías del nacionalismo no dan cuenta del rol de las mujeres en los proyectos nacionales ni critican los prejuicios que tienen su base en el género.

Los estudios de género parten de la premisa de que toda construcción de identidad traza el escenario social y posiciona a las mujeres en lugares específicos que deben ser repensados. Autoras como Nira Yuval-Davis y Floya Anthias (1989) han vinculado, de este modo, la identidad de género y la identidad nacional, así como la de clase social y etnia, para hacer una crítica a estas construcciones identitarias. Años

¹ En muchos países, como en México con el culto a la Virgen de Guadalupe, se establece un vínculo muy importante entre la religiosidad y las características femeninas. Véase: Mayer (2002).

² Véase: Vázquez (2019).

después, en *Racialized Boundaries: Race, Nation, Gender, Colour, Class and the Anti-Racist Struggle* (2005), estas autoras examinaron la relación entre las divisiones sociales la etnia o raza y el género para observar sus similitudes y diferencias conceptuales, así como para determinar cómo se vinculan con relaciones sociales concretas, centrándose en la construcción de la identidad nacional.

Por su parte, Yuval-Davis en *Gender and Nation* (1997) analizó más profundamente las relaciones de género y cómo estas afectan y son afectadas, a su vez, por los procesos y proyectos nacionales. La autora, además de señalar que al hablar de las mujeres no se debe dejar de lado las reflexiones en torno al hombre y lo masculino, subraya que los estudios hegemónicos sobre nacionalismo e identidad nacional no han tomado en cuenta las relaciones de género, incluso, aquellas investigaciones escritas por mujeres. Dichas investigaciones dominantes, dice la autora, ignoran el rol de la mujer porque usualmente se ha discutido lo nacional y el nacionalismo como parte de una esfera pública y política, un espacio tradicionalmente ocupado por los hombres, un espacio que tradicionalmente excluye a las mujeres.

En el campo académico mexicano, ha sido la investigadora Natividad Gutiérrez Chong quien ha realizado diversas investigaciones que exploran los vínculos de los nacionalismos con el género y la sexualidad, obteniendo ejemplos significativos que iluminan la interrelación simbólica entre mujeres y nación. En el artículo “Mujeres y origen común de la nación en México” publicado en la revista *Cultura y Representaciones Sociales* (2019), Gutiérrez Chong recuperó calendarios de las primeras décadas del siglo XX para observar cómo eran imaginadas las mujeres en el arte popular. La autora se encontró con estereotipos semejantes a los que antes he mencionado: lo femenino representa a la mujer mestiza, sonriente y “de suaves maneras” en contraposición de lo masculino que encarna la fuerza física, la virilidad y el “heroísmo del patriarca”. De nuevo, las mujeres son disminuidas a guardianas de los valores tradicionales y los hombres son los constructores de la nación.

Es evidente que desde la perspectiva de género en ningún momento se pierde de vista el papel que juegan las mujeres en las narrativas y discursos de lo nacional. Pero es interesante observar cómo los análisis de la identidad nacional con perspectiva de género, así como los estudios más “tradicionales” sobre identidad nacional, caen en el error de buscar explicaciones esencialistas y se pierden en discusiones sobre las representaciones sociales plasmadas en el imaginario nacional, en lugar de cuestionar las relaciones de poder concretas que sostienen y reproducen dichas representaciones.

¿Cuál sería entonces una posible forma de trabajar el asunto de la identidad nacional sin olvidar el tema de género? Veamos a continuación algunas reflexiones al respecto que pueden servir como punto de partida.

Intersecciones identitarias: género y nación

No existe una esencia nacional ni una esencia femenina, lo que sí existe son los discursos y narrativas determinadas por las relaciones de poder dentro de la sociedad. La identidad nacional y el género son construcciones sociales que delinear y determinan los roles femeninos y masculinos mediante instituciones (iglesia, familia, escuela, etc.) que funcionan simultáneamente en un entramado estructural y simbólico de inclusión y exclusión. Las diferencias entre hombres y mujeres no son esencialismos, sino construcciones transmitidas socialmente que denotan el poder de un sexo sobre otro.

Aunque no se adopte absolutamente una perspectiva de género, sí es clave reconocer que las identidades, nacionales y de género, están trazadas en oposición a otras identidades marginales, lo que refleja las jerarquías y poderes dentro de la sociedad. Reflexionar en torno a la identidad nacional es así una estrategia para abarcar otros debates, pues toda discusión de “lo mexicano” es paralelamente una discusión sobre las formas de hacer historia, los tipos de ciudadanía, la memoria, los discursos legitimadores y los roles de género.

De esta manera, incorporar la variable del género ofrece interesantes e innovadoras líneas de investigación para el tema de la identidad nacional en México, pues esto permitiría observar cómo se re/producen roles de género dentro del imaginario nacional y cómo se privilegian determinados códigos morales y valores sociales. Todos los nacionalismos tienen una idea específica de género, fenómeno que suele dejarse de lado en las investigaciones en torno a la mexicanidad.

Adentrarse en los planteamientos teóricos de dos autoras me parece un buen inicio para incorporar la variable de género a los estudios de la identidad nacional. El primero de ellos es el trabajo de la historiadora Joan Wallach Scott, quien en un artículo clásico titulado “Gender: A Useful Category of Historical Analysis” en *The American Historical Review* (1986) planteó que la cuestión de género sería una herramienta primordial de análisis histórico puesto que el género es: 1) un elemento constitutivo del mundo social y 2) una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder.

Este planteamiento de la categoría de género en relación con el análisis social general permite observar los cambios sociales, económicos, culturales y políticos al estudiar los distintos significados masculinos y femeninos establecidos en distintas épocas y sociedades. Es decir, la definición de género, del mismo modo que otra construcción social como la identidad nacional, es útil para rastrear las transformaciones de la sociedad estableciendo un vínculo entre lo individual y los procesos estructurales. Asimismo, indagar en las representaciones y discursos de género ilumina algunos mecanismos del ejercicio del poder latentes en toda sociedad que se ponen en marcha al definir el género.

La segunda contribución que vale la pena revisar para enriquecer los estudios sobre la identidad nacional, es la obra de Jackie Hogan, quien en el libro *Gender, Race*

and National Identity. Nations of Flesh and Blood (2008) provee ángulos empíricos que contribuyen a una robusta teorización de las dinámicas de la identidad nacional en las sociedades contemporáneas.

Hogan hace una observación muy útil que se les escapa, incluso, a los expertos en el tema de identidad nacional: aunque las élites son las que usualmente confeccionan las nociones de lo nacional, en la mayoría de las sociedades la población tiene un contacto muy superficial con los discursos y las narrativas oficiales de la identidad nacional plasmada en museos o monumentos. La autora hace este señalamiento para que los análisis direccionen su atención a la cultura popular, ya que en ella se expresan formas más mundanas de la identidad nacional mediante pinturas, deportes, publicidad, películas, etc. Estos aspectos concretos y cotidianos ayudan a advertir con nitidez cómo se articulan las nociones de lo nacional con los individuos, es decir, se puede apreciar ese proceso en el que se crean sentidos de pertenencia por medio de discursos o narrativas, algo que no siempre sucede al acercarse a los discursos oficiales sobre la identidad nacional.

Tanto Scott como Hogan dan herramientas para corroborar que los discursos de nacionalidad no son inmutables y que gracias a ellos se legitiman arquetipos de género, raza y clase, así como se naturalizan y privilegian características, actividades y afiliaciones. El género, nos dejan claro las autoras, es una forma más de iluminar la legitimación de inequidades sociales mediante el imaginario social. La interseccionalidad puede ser útil para deconstruir nociones reduccionistas de la identidad nacional y sus representaciones, así como para cuestionar los efectos que tiene la existencia de proyectos nacionales y construcciones identitarias en las que se incluye y excluyen a grupos sociales específicos.

Conclusiones

Hasta este punto se ha argumentado que la marginalización política, económica y social por una cuestión de género está presente en las representaciones y discursos de lo nacional. Como toda exclusión simbólica, la marginación por género refuerza desigualdades de larga data y crea barreras materiales y simbólicas que no permiten que exista una participación equitativa en la vida nacional. Por ello, resulta crucial poner en duda el imaginario social para exponer y cuestionar los mecanismos mediante los cuales se relega y discrimina a distintos grupos de la sociedad.

Pensar en identidad nacional también es pensar en el género y en los poderes latentes dentro del espacio social. Las nociones de género y de lo nacional, al ser construcciones identitarias, muchas veces sostienen disparidades sociales y sirven para justificar el uso de violencia contra aquellos que se excluyen o invisibilizan. Por eso es clave enfatizar los límites de la representación social “de lo mexicano” en términos de género. Y esto solo es posible si se dismantelan y reelaboran las representaciones,

discursos y narrativas de lo nacional. Para este fin, sugiero analizar la producción académica sobre identidad nacional a partir de la categoría de género propuesta por Scott (1986), dado que permite hacer una intersección con los roles de género, clase social, raza y etnia. Esta herramienta teórica, la perspectiva de interseccionalidad, ampliará y enriquecerá las investigaciones en torno a la identidad nacional y el nacionalismo.

Teórica y socialmente es primordial observar qué tanto nuestras narrativas nacionales marginalizan a las mujeres y, por ende, reflejan y sostienen inequidades. Estas notas sobre la intersección y la identidad nacional son un llamado a repensar y criticar, de una manera más amplia, nuestro imaginario social puesto que este, como lo define Charles Taylor (2004), es la forma en que las personas imaginan su existencia social, cómo se adaptan a los otros, y cómo las cosas suceden entre ellos y los demás.

Bibliografía

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginarias. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- Balibar, E. (1990). "The Nation Form. History and Ideology", *Review*, XIII (3), 329-361.
- Barrington, L. W. (1997). Nation and Nationalism: The Misuse of Key Concepts in Political Science. *Political Science and Politics*, 30 (4), 712-716.
- Bartra, R. (1987). *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Grijalbo.
- Basave Benítez, A. (2002). *Mexicanidad y esquizofrenia. Los dos rostros del mexijano*. México: Océano.
- Canal Gobierno de México (24 de marzo de 2020) #ConferenciaPresidente Martes 24 de marzo de 2020 [Archivo de video] YouTube.
https://youtu.be/FUWP_APJT6E
- Canal Gobierno de México (26 de marzo de 2020) Conferencia de Prensa #COVID19 26 de marzo de 2020 [Archivo de video] YouTube.
<https://youtu.be/y14rPPEj254>
- Cansino, C. (2000). *El excepcionalismo mexicano. Entre el estoicismo y la esperanza*. México: Centro de Estudios de Política Comparada, A.C.
- Castañeda, J. G. (2012). *Mañana o pasado. El misterio de los mexicanos*. México: Aguilar.
- Chávez, E. A. (1901). "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano", *Revista Positiva*, 3 (1).
- Da Jandra, L. (2012). *La mexicanidad: fiesta y rito*. México: Almadía.
- Del Río, F. (2020). *Las filósofas tienen la palabra*. México: Siglo XXI.
- Díaz-Guerrero, R. (1982). *Psicología del mexicano*. México: Trillas.
- Flores, J. (2015). *Sentimientos y resentimientos de la nación. Encuesta Nacional de Identidad y Valores*. México: UNAM.
- Gutiérrez Chong, N. (2019). Mujeres y el origen común de la nación en México, *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, 13 (26), 40-61.
- Hogan, J. (2009). *Gender, Race and National Identity. Nations of Flesh and Blood*. Inglaterra: Routledge.
- Instituto Nacional de las Mujeres (15 de junio de 2020). *Red de Mujeres Constructoras de Paz*. Recuperado de: <https://www.gob.mx/inmujeres/acciones-y-programas/red-de-mujeres-constructoras-de-paz-mucpaz>

- Mayer, T. (2000). *Gender Ironies of Nationalism. Sexing the nation*. Estados Unidos: Routledge.
- McClintock, A. (1993). Family Feuds. Gender, Nationalism and the Family. *Feminist Review*, 44, 61-80.
- Monsiváis, C. (1975). Notas en torno a la moral social en México, *Trimestre Político*, 1 (2), 59-77.
- Scott, J. W. (1986). "Gender: A Useful Category of Historical Analysis". *The American Historical Review*, 91 (5), 1053-1075.
- Paz, O. (1998). *El laberinto de la soledad*. México: FCE.
- Ramírez, S. (1983). *El mexicano, psicología de sus motivaciones*. México: Grijalbo.
- Ramos, S. (1977). *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Espasa-Calpe.
- Taylor, C. (2004). *Modern Social Imaginaries*. Inglaterra: Duke University Press.
- Vázquez, P. (2019). *Aquellos que dejamos de ser. Nación y ficción en México*. México: Siglo XXI.
- Yépez, H. (2010). *La increíble hazaña de ser mexicano. Una obra de superación nacional para reír y pensar*. México: Planeta.
- Yuval-Davis, N. (1997). *Gender and Nation*. Inglaterra: Sage Publications.
- Yuval-Davis, N. y Anthias, F. (1989). *Woman-Nation-State*. Inglaterra: Mcmillan.
- Yuval-Davis, N. y Anthias, F. (2005). *Racialized Boundaries: Race, Nation, Gender, Colour, Class and the Anti-Racist Struggle*. Inglaterra: Routledge.

Recibido el 6 de julio de 2020

Aceptado el 3 de septiembre de 2020

An@lítica
Podcast

ESCUCHA ESTE ENSAYO [AQUÍ](#)